

# El racismo en la Cuba española era mucho menos que ahora

written by Fernando Núñez | viernes, 21 de septiembre, 2018 3:01 pm



Juan Gualberto Gómez (Foto: radio26.cu)

PARIS, Cuba.- El racismo es un tema que sigue siendo sensible casi sesenta años después que el castrismo decretara la igualdad de todos los cubanos fundidos en el crisol de la “verdadera” independencia. Sin embargo, nada más lejos de la verdad: el racismo campea por sus respetos en Cuba, exacerbado, si cabe, con la crisis económica y la falta de oportunidades a la que se enfrenta esa parte de la comunidad nacional, alejada de las remesas y de los programas gubernamentales encaminados a reivindicar los derechos de las minorías cara al extranjero.

Descontando a los Maceo Grajales, que todo el mundo conoce, pocos son los cubanos que pueden citar a un intelectual negro. La razón de ese olvido es muy sencilla: los negros siempre han sido para los dueños de Cuba factores de producción u objeto de propaganda. El destino de esta comunidad todavía navega entre estos dos escollos. Más allá de ensalzar las improbables virtudes guerreras de la raza cuando ha convenido, el castrismo, y antes de éste la República, se han dedicado a minimizar, cuando no a ignorar, a los pensadores negros. La primera se dedicó a exterminarlos concienzudamente, y el segundo, una vez que los decretó redimidos por el socialismo, se aplicó a explotarlos hasta el día de hoy.

El único que se preocupó sinceramente por la suerte de los esclavos que hicieron la riqueza de la isla fue el gobierno de Madrid.

Acabada la guerra de 1868, a los esclavos que participaron en la misma por el lado insurrecto se les concedieron los mismos derechos que al resto de los naturales de la isla. En ese sentido, el mundo asociativo negro prosperó de una manera exponencial, creándose, al amparo de las autoridades, numerosas asociaciones de beneficencia y ayuda, así como proto entidades políticas de la más variopinta ideología. Por el lado de las publicaciones periódicas de amplia difusión en La Habana y en el resto de las provincias, destacaba *La Fraternidad*, dirigida por Juan Gualberto Gómez.

La vida de este hombre, de padres esclavos, basta para probar como el régimen español, que ha pasado a la historia colectiva de los cubanos como un terrible periodo de oscuridad y horror, no era tan malo como lo pintan en los libros de historia. Veamos rápidamente.

Juan Gualberto Gómez nació en 1854 en el ingenio azucarero Vellochino de Oro, propiedad de Catalina Gómez. Sus padres, Fermín Gómez (Yeyé) y Serafina Ferrer (Fina), eran esclavos, pero gracias a su esfuerzo -que les permitió ahorrar algún

dinero y a la ley que lo permitía cuando la esclavitud funcionaba a pleno régimen en la isla- lograron comprar la libertad del niño antes de su nacimiento. De ese modo, pudo asistir a una de las numerosas escuelas públicas diseminadas por todo el país, donde su inteligencia y ganas de salir adelante fueron destacadas por sus maestros.

Aquellos esclavos africanos pudieron a costa de enormes sacrificios enviar a su hijo a estudiar a La Habana. ¿Cuántos cubanos pueden hacerlo hoy si ni siquiera tienen derecho a instalarse libremente en la capital?

Juan Gualberto Gómez fue inscrito en el colegio Nuestra Señora de los Desamparados, dirigido por Antonio Medina y Céspedes (un maestro negro, dicho sea de paso), que al igual que el resto de los pedagogos en Cuba, tenía carta blanca para inculcar a los niños desde su más tierna infancia las ideas separatistas. Allí el joven aprendió a leer y a escribir con muchísimo provecho.

Doña Catalina, la dueña del ingenio donde trabajaban los padres de Juan Gualberto Gómez, convencida de la valía de su protegido decidió -oigan esto, que no tiene desperdicio- enviarlo a París para que aprendiera un oficio.

¿Cuántos negros salen de Cuba hoy a estudiar en el extranjero, pagados por el régimen de los humildes y para los humildes? Ninguno.

El mozo, que no tenía un pelo de bobo, no se contentó con aprender a construir carruajes, sino que fue a por más, llegando a convertirse en 1875 en redactor de la *Revue et Gazette des Theatres*, lo que sería el comienzo de su carrera periodística.

Tres años después regresa a La Habana, donde sus ideas políticas lo llevan a codearse con el medio independentista que lo acepta reconociendo su valía como hombre de letras y de mundo.

Deportado por su activismo, el ya veterano agitador se integra fácilmente en la vida madrileña, donde ni el color de su piel ni sus ideas políticas, le impiden encontrar mujer (blanca) y trabajo como periodista en los medios republicanos como como *El Abolicionista*, *La Tribuna*, *El pueblo* y *El Progreso*...

De regreso a Cuba, en 1890, miembro del Partido Revolucionario Cubano, siguió publicando *La Fraternidad* y conspirando de lo lindo como sabemos.

Juan Gualberto Gómez era un personaje archiconocido en La Habana, idolatrado por su comunidad para la que representaba un ideal a alcanzar.

Como lo permitía la Ley de Partidos, y aun a punto de comenzar la guerra de 1895, el atrevido político todavía se iba de gira a Matanzas y Las Villas para arengar a sus simpatizantes, multiplicando así su popularidad.

A tal punto llegó esa popularidad que, como lo cuenta el presbítero J B Casas, en su libro *La guerra separatista en Cuba*, antes de ser expulsado por segunda vez tras los levantamientos del 24 de febrero, sus admiradores lo pasearon en triunfo por toda La Habana sin que las autoridades lo molestaran.

Refería Casas: “Por aquel mismo tiempo presenciemos la apoteosis de Juan Gualberto Gómez, que fue sacado en procesión y recorrió las calles de La Habana con lucidísimo cortejo de coches ocupados por la flor y nata de los hijos e hijas de lucumís y caracolis que le dieron esa prueba pública y solemne de las simpatías de que gozaba entre ellos el libertador de Cuba y en especial de la raza de color. La propaganda que hacía el tal Gómez era muy descubierta, pues el círculo de la raza de color, en donde peroraba y organizaba adeptos, está situado y abierto en la capital, calle de La Habana entre Chacón y Cuarteles, y en él ensayó la gira que verificó después por las provincias de Matanzas y Santa Clara, hasta que llegó a un punto en que se destapó demasiado el entusiasmo y sus secuaces le comprometieron, porque las autoridades se vieron precisadas a recogerle las licencias de discursar y de organizar huestes, obligándole a que volviese a La Habana, con lo cual suspendió la parte pública, pero redobló la más reservada, como se observó posteriormente”.

Asombroso, ¿verdad? ¿Cómo se explica que habiendo tanto racismo como nos han contado en los libros de historia cuando Cuba era una provincia española, un personaje con ideas separatistas tan afirmadas como este, haya conseguido alcanzar los primeros puestos de la vida política nacional a la vista de todos?

Deja mucho que desear el destino de los negros en la Cuba revolucionaria de hoy, donde siguen brillando por su ausencia en el primer círculo del poder. Peor aún. Como lo han destacado numerosos estudios y observaciones en la calle, la comunidad se halla casi ausente del incipiente sector privado autorizado por el régimen, donde no ya como emprendedores (pocos tienen acceso a las remesas), sino como simples camareros, no pueden encontrar trabajo.

Como sabemos, España está a punto de aprobar una reforma de la nacionalidad para hacer justicia a sus descendientes discriminados. Se trata de un acto digno que todos celebramos. Sin embargo, pensamos que sus políticos deberían ser más ambiciosos y no olvidar de la reforma a los descendientes negros que una vez España reconoció como a sus iguales, otorgándoles la nacionalidad plena. No sólo cambiarían la historia de Cuba y de España, sino la de toda la humanidad.